

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LOS PRINCIPALES TEXTOS ESCATOLÓGICOS DE NUESTRO SEÑOR, Mat. XVI, 28

Continuación (1).

Casi dos años hace ya que comenzamos una serie de artículos con el fin de proponer ciertas observaciones sobre los principales textos escatológicos de Nuestro Señor. Circunstancias independientes de nuestra voluntad y de las que se harán perfecto cargo nuestros lectores, han retardado y casi estado a punto de impedir la continuación, que a su vez no podrá tampoco responder a las promesas del principio. Pero habiendo comenzado, creemos preferible continuar como mejor sepamos y esté en nuestra mano.

Habíamos comenzado a explicar el siguiente texto: "...Porque el Hijo del Hombre ha de venir, con sus ángeles, en la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras. En verdad os digo que, de los que están aquí, hay quienes no gustarán la muerte hasta que hubieren visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino" (2). Después de un estudio bastante detenido, creímos poder formular las siguientes conclusiones: "1.^a La explicación de la promesa del Salvador por la transfiguración es la explicación de más venerable antigüedad. Puede decirse que, así en Oriente como en Occidente, es la *única* hasta fines del siglo VI, y por consiguiente, durante toda la edad de oro de la literatura patrística. 2.^a Sin embargo, tal explicación no se impone, a lo menos como exclusiva. 3.^a Aunque más tarde examinaremos este punto, digamos entre tanto que contra la exégesis del texto de S. Mateo por la transfiguración no se han propuesto nuevas dificultades ni aportado nada nuevo. Por tanto, dicha exégesis tiene derecho a subsistir entre las demás explicaciones *probables*, aun en nuestros días" (3). Por fin, concluímos: "Esto supuesto, pasemos adelante y veamos cómo la transfiguración nos conduce ulteriormente a explicar el texto de S. Mateo por la segunda

(1) V. t. II, p. 83.

(2) *Mat. XVI, 27-28.*

(3) *Est. Ecl., t. XI, pp. 93-94.*

venida de Cristo, sin que por ello sea preciso admitir esta segunda venida dentro del plazo brevísimo de una generación".

Al reanudar nuestro estudio y, pasando adelante, entrar de lleno en la exégesis, comenzaremos no sólo transmitiendo, sino concediendo de buen grado que hay una íntima conexión entre los dos versículos 27 y 28 del capítulo XVI de S. Mateo, anteriormente transcritos; y hacemos esta concesión plenamente conscientes de sus consecuencias, porque el versículo 27 es evidente que se refiere al último juicio.

No se nos oculta que un gran número de intérpretes niega resueltamente en nuestros días tal conexión. Pero no ya los escatólogos declarados, sino otros exégetas modernos también, aun entre los católicos, sienten vivísima repugnancia en admitir semejante desligamiento de dos ideas, expresadas en versículos que parecen sucederse en perfecta continuidad de forma y de sentido; casi parece una como vivisección (1). Oigamos a Rauschen censurando a Seitz por entender la promesa, contenida en el versículo 28, de la destrucción de Jerusalén "en la cual el mismo Tito vió un juicio de Dios". A pesar de ser ésta la explicación predilecta de los modernos, no vacila en expresarse en los siguientes términos: "Yo tengo esto por inverosímil en sí y por completamente excluido por el contexto" (2). Ya el gran Maldonado, con su acostumbrada sinceridad y perspicacia, había escrito: "Quid Christus hoc loco per regnum suum intelligat, interpretum sententiae mirum in modum variant. Nonnulli de ultimo iudicio interpretantur, de quo versu praecedenti dixerat: *Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui, idque videtur esse valde consequens*" (3). Pero lo principal para nosotros es que los

(1) Para poder desligar el v. 28 del 27, varios recurren al texto paralelo de *S. Marcos*, IX, 1, y hacen notar que en éste precede a la promesa la cláusula *καὶ ἔλεγεν αὐτοῖς*, muy apta para introducir una nueva idea o simplemente algo totalmente desligado. Por tanto, lo mismo debe poder hacerse en *S. Mateo*. Véase p. e. LEMONNYER, *Fin du Monde* (*Dict. Apol. de la Foi Cath.*, fasc. VI, col. 1924). Este argumento es *convertible* y se puede retorcer con fuerza. En efecto, puede arguirse al revés en esta forma: la cláusula de *S. Marcos* *permite* desligar la promesa de lo que la antecede, pero *permite* también la *unión*. Esta indeterminación, que deja *S. Marcos*, la quita *S. Mateo*, suprimiendo toda cláusula que permita la separación y dando un contexto completamente trabado. Es preciso, pues, recurrir a otros argumentos.

(2) *Theol. Revue*, v. XII, p. 42.

(3) JOANNIS MALDONATI, *Soc. Jesu Theol. Comm. in quatuor Ev.*, t. I, ed. RAICH, Moguntiae 1874; in *Mtth. c. XVI*, p. 338b.

Santos Padres admiten sin vacilaciones la íntima conexión entre la promesa del Salvador, "que algunos no morirán antes de ver venir al Hijo del hombre en su reino", y la afirmación inmediatamente anterior de que "el Hijo del Hombre ha de venir, con sus ángeles, en la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras". Dentro de poco presentaremos su testimonio; entre tanto recuerde el lector las afirmaciones clarísimas y terminantes de San Jerónimo en sus comentarios a S. Mateo, que adujimos al principio (1).

Nos encontramos, pues, con una particularidad, a primera vista desconcertante y sin salida. Por una parte, según lo demostrado en los artículos anteriores, la promesa contenida en el versículo 28 de que algunos no morirán sin ver venir al Hijo del Hombre en su reino, está íntimamente unida con la escena de la transfiguración de modo que ésta es su cumplimiento. Pero, por otra parte, según lo que acabamos de indicar, la misma promesa está íntimamente unida con el precedente anuncio de la venida gloriosa del Hijo del Hombre para el último juicio, como si dicha promesa fuese pura y simplemente la promesa de que algunos, antes de morir, le verían venir glorioso para juzgar a los hombres. ¿Cómo fundir en una misma realidad y hacer que sean el cumplimiento de la misma promesa dos extremos tan distantes y que parecen irreductibles: la segunda venida gloriosa al final de los tiempos, y la transfiguración que ni es venida y, de serlo, lo es al cabo tan solo de seis días?

En este desconcierto aparente, los mismos Santos Padres nos darán el hilo conductor. Nosotros no faremos sino recoger piadosamente, como sagrada herencia, la solución que nos han legado, y nos esforzaremos por exponerla con claridad. Ante todo afirmaremos y probaremos un hecho; luego procuraremos exponer su significado.

I. La transfiguración tiene relación o conexión con la segunda venida de Cristo.

A. *Sagrada Escritura*.—La misma Sagrada Escritura nos da indicios no despreciables. 1.º Ya en el ocaso de su vida y poco antes de su muerte, que por especial revelación del Salvador sabe ha de sobrevenirle pronto, el príncipe de los apóstoles, San Pedro, quiere por

(1) *Est. Ecl.*, t. 10, p. 491.

última vez exhortar a los fieles a llevar una vida santa. Ábrese, en efecto, su segunda carta con una apremiante exhortación (1) en la que recuerda a sus lectores el poder soberano de Jesús y su segundo advenimiento glorioso (2). Este poder y esta vuelta gloriosa se las ha dado él a conocer, no siguiendo fábulas artificiosamente compuestas, sino como testigo ocular que fué de la majestad de Jesús. Y a continuación describe el apóstol la escena de la transfiguración.

Tenemos, pues, que el apóstol S. Pedro presentaba la transfiguración como prueba del poder y de la *παρουσία*, es decir, de la segunda venida gloriosa de Jesús. Ciertamente la transfiguración por sí misma no prueba la segunda venida de Jesús. Por otra parte, a base de las afirmaciones repetidas del Salvador de que volvería glorioso al final de los tiempos, todos los milagros de Jesús eran una prueba de su segunda venida, como de todas las demás afirmaciones del Salvador; en este sentido la transfiguración es una prueba como podría haberlo sido cualquier otro milagro. Pero el hecho de haberla elegido S. Pedro con preferencia a todos los demás hechos del Salvador, como prueba de la segunda venida, nos advierte que debe haber en ella algo singular. Y eso singular lo hemos de ver en la descripción misma que nos hace S. Pedro. Él nos dice que fué testigo ocular de la majestad de Jesús; y a pesar de la brevedad de la descripción, hace resaltar vivamente aquellos rasgos que presentan a Jesús en la honra y gloria de su Padre; ¡precisamente en la gloria de su Padre había dicho otras veces Jesús que “el Hijo del Hombre había de venir al final de los tiempos para pagar a cada uno conforme a sus obras”! Por consiguiente, en la gloriosa transfiguración vió S. Pedro, de una manera singularísima, la majestad y gloria de Jesús; vió a Éste circundado de la gloria de Dios Padre que se complacía en Él como en su Hijo Unigénito. De donde la transfiguración fué en S. Pedro una *experiencia* de la potencia y gloria con que Jesús había de volver al final de los tiempos, y, por consiguiente, a la luz de las repetidas promesas del Salvador, la transfiguración era un como antícpo o prenda de la majestad y gloria con que este divino Señor había de venir a juzgar a los hombres. El antícpo o prenda tiene relación o conexión con la realidad y es medio que lleva a su conocimiento.

(1) I, 3-15.

(2) V. 16: τὴν...δόναμιν καὶ παρουσίαν.

2.^o En la misma escena de la transfiguración encontramos un nuevo indicio. Al bajar del monte después de la transfiguración, Jesús mandó a los apóstoles que a nadie descubriesen la visión hasta que el Hijo del Hombre hubiese resucitado de entre los muertos. "Y los discípulos le preguntaron: Pues ¿cómo dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Él respondió: Elías, a la verdad, ha de venir y lo restaurará todo" (1).

A pesar de la oscuridad del pasaje, parece desprenderse de él que, según los escribas, Elías había de venir para preparar los caminos del Mesías, antes de la inauguración gloriosa de su reino; así parecía haberlo predicho Malaquías (2). Al contemplar, pues, los apóstoles a Jesús en el esplendor de la gloria del Padre y junto a Él al mismo Elías, debieron de pensar que o entonces se inauguraba ya el reino glorioso del Mesías, o iba a inaugurarse, bien fuese al resucitar Cristo de entre los muertos, bien después de resucitado, en un tiempo más o menos próximo. Por tanto, cuando vieron desaparecer a Elías y desvanecerse toda la escena de gloria, perplejos preguntaron a Jesús sobre la doctrina de los escribas.

Luego en la escena de la transfiguración vieron los apóstoles cierta relación o conexión con la manifestación gloriosa del Mesías e inauguración triunfal de su reino. No es preciso que entonces viesen con toda claridad una conexión determinada. Basta que viesen en general y vagamente una verdadera relación o conexión, sea de comienzo formal, sea de proemio o preludio, sea de anticipo o prenda. Más tarde pudo S. Pedro, aún con la experiencia sola de los hechos, excluir de la transfiguración que fuese el acto inicial o comienzo mismo del glorioso reinado del Mesías (3).

B. Santos Padres y otros autores de la antigüedad.—Durante los tres primeros siglos, la tradición se contenta simplemente con afirmar que

(1) *Mat.*, XVII, 10-11.

(2) IV,5.

(3) Comentando la pregunta de los apóstoles, escribe S. JERÓNIMO: "Nisi causas noverimus, quare interrogaverint discipuli super Eliae nomine, stulta videtur, et extraordinaria eorum interrogatio. Quid enim pertinet ad ea, quae supra scripta sunt, de Eliae adventu quaerere? Traditio Pharisaorum est, juxta Malachiam prophetam... quod Elias veniet ante adventum Salvatoris, ut reducat cor patrum ad filios, et filiorum ad patres, et restituat omnia in antiquum statum... Aestimant ergo discipuli transformationem gloriae hanc esse quam in monte viderant, et dicunt: Si jam venisti in gloria, quomodo praecursor tuus non apparet, maxime quia Eliam viderant recessisse..." *In Matth.*, l. III; *ML*,

en la transfiguración se verificó la promesa del Salvador de que algunos no morirían “antes de ver al Hijo del Hombre viniendo en su reino”. En el gran siglo de oro de la literatura cristiana, allá en el Oriente, cuando florecían los tres grandes Capadocios y la iglesia siríaca hablaba por boca de su más ilustre representante, S. Efrén, se da a la transfiguración el pleno y misterioso significado que le corresponde, y se hace resaltar la relación o conexión íntima que tiene con la segunda venida gloriosa de Jesús.

ORIENTE

Comencemos por *S. Basilio el Grande*. Comenzar por él será dar al lector, ya desde el principio, una impresión bienhechora de seguridad y descanso. Este hombre admirable - modelo de tino y sabiduría práctica, jamás abatido por el fracaso, y en lucha siempre tenaz contra las dificultades, uno de los caracteres más firmes y a la vez mejor equilibrados que el Oriente y aun la Iglesia universal ha poseído - por todas partes, tanto en el terreno moral y práctico como en el especulativo, lleva encendida la antorcha de la ortodoxia y es prenda de seguridad caminar junto a él.

Hablando, pues, de la transfiguración, dice así: Εἰδον δὲ αὐτοὺς τὸ καλὸν Πέτρος καὶ οἱ νεότεροι τῆς Βροντῆς ἐν τῷ ὄρει... καὶ τὰ προσώπα τῆς ἐνδόξου αὐτοῦ παρουσίας ὀφθαλμοῖς λαβεῖν κατηξάθησαν» (1). Por consiguiente, según S. Basilio, la transfiguración es el *proemio* de la segunda venida gloriosa de Jesús, es decir, una manifestación como introductoria y preparatoria del gran acto de *la parusía* con el cual está enlazada, a la manera que el prólogo con el cuerpo de la obra.

La autoridad doctrinal del *Teólogo* por excelencia, *S. Gregorio Nazianzeno*, el gran amigo de S. Basilio, es de tan extraordinario valor que sus palabras, aunque pocas y vagas, hay que recogerlas cual preciosas reliquias. En una de sus disertaciones teológicas, todas ellas de una precisión y profundidad que pasma, en la primera sobre la persona del Hijo, va enumerando el gran Doctor y Teólogo los di-

26,124.—Con igual claridad hablan otros, v. gr., S. PASCASIO RADBERTO: “...discipuli aestimantes transformationem gloriae, quam viderant in monte, hanc esse illius adventus consummationem, interrogant: ac si dicerent, si jam venisti in gloria[m], quomodo praecursor tuus Elias, qui modo visus est et recessit, prius non venit...” In Matth., l. VIII, c. XVII; *ML*, 120, 590.

(1) *Hom. in Psalm.* 44; *MG*, 29,400.

versos y como encontrados aspectos de abatimiento y de grandeza que a Jesús corresponden como hombre y como Dios. En uno de esos contrastes leemos esta misteriosa frase «ἐπὶ τοῦ ὅρους ἀστράπτει καὶ ἡλίου φωτοειδέστερος γίνεται, τὸ μέλλον μυσταγῷων» (1). ¿Qué es eso *futuro*, τὸ μέλλον, a que se refiere el Santo y en que nos *inicia*, μυσταγῷει, Jesús transfigurado “fulgurante como el rayo y más espléndido que el sol? En sus escolios a diecinueve de los discursos de S. Gregorio N., Elías Cretense (siglo IX o X) interpreta categóricamente de la parusía las palabras del Santo Doctor. Dice así: «...ταύτα δὲ τύπος τις καὶ οἶον προμήνυμα τῆς δευτέρας αὐτοῦ ψρικτῆς παρούσιας ἐτύγχανε» (2). Y es que, como en la primera estupenda carta a Cledonio escribe el mismo Sto. Doctor, Cristo vendrá corporalmente «τοιοῦτος δὲ οἷς ὥφθη τοῖς μαθηταῖς ἐν τῷ ὅρει, ἢ παρεδείχθη, ὑπερυκώσης τὸ σαρκίον τῆς θεότητος» (3). Cristo, pues, vendrá en la parusía tal precisamente cual fué visto por los discípulos en el monte. Esta idea, que apunta rápidamente S. Gregorio, será el punto de vista en que se colocarán después muchos Santos Padres para explicar la conexión entre la transfiguración y la segunda venida gloriosa de Cristo.

No queremos detenernos en alguna vaga alusión de *S. Gregorio Niseno*, cuya autoridad doctrinal es bastante inferior a la de los dos anteriores (4).

Oigamos ya a *S. Efrén*. Sus afirmaciones son terminantes; y precisamente su testimonio es digno de notarse con particular interés, porque él nos representa y trasmite no precisamente especulaciones o investigaciones filosóficas o teológicas, sino sencillamente las enseñanzas que se daban al común de los fieles. Por entre un camino, cubierto con frecuencia de exuberante vegetación, en donde resuenan profusa y desbordadamente cantos, plegarias, gemidos y mil variados acentos y armonías del corazón, corre limpida y sencilla la fe y el sentir común. Dos breves pasajes escogeremos. Sea el primero el que ya citamos al principio y está tomado de un sermón sobre la transfiguración. Dice así: “Viri etenim quos dixit non gustatus mortem, donec videant figuram adventus ejus—τὸν τύπον τῆς ἐλέυπεως αὐτοῦ— hi sunt quos assumptos duxit in montem, et ostendit eis quo pacto venturus sit in die novissimo, in gloria divinitatis et in cor-

(1) *Orat. 29, theolog. III*, n. 19 (fin); *MG*, 36,100.

(2) *In S. Greg. N.*; *MG*, 36,814.

(3) *Ep. CI.*; *MG*, 37,181.

(4) Cf. *Alter. laud. S. Steph.*; *MG*, 46,732.

pore humanitatis suae” (1). Se encuentra el otro en un sermón *In Natalem Domini*, y es como sigue: “Sed et cum hominibus conversantem (Eliam) spectare datum fuit, Moyse pariter praesente, tunc quando mitissimus ex imis et Zelotes e summis evocati, Filium Dei in medio stantem praesentemque habuerunt. Nempe *mysterium postremi ejusdem adventus repraesentare debebant*, sic ut Moses vita functionum personem ageret, vivorum Elias” (2).

De *Eusebio de Cesarea*, muy inferior en autoridad a los precedentes, adujimos ya antes el testimonio, bastante expresivo. Ahora tan sólo haremos notar a nuestro propósito una afirmación terminante y clara. Dice Eusebio que Cristo quiso en la transfiguración persuadir con obras a sus apóstoles «τὸ μέγα καὶ λαμπάνον μυστήριον τῆς δευτέρας αὐτῶν θεοφανείας... αὐτοῖς ὀφθαλμοῖς δειχνύεις αὐτοῖς τὴν εἰκόνα τῆς θεϊκῆς αὐτοῦ βασιλείας» (3).

Pero recogamos ya, o mejor, recordemos el testimonio de *S. Juan Crisóstomo*, digno de ser corona del siglo IV y entrada triunfal en el V. Su brevedad y precisión lo dejan grabado en la memoria. Según el Santo Doctor, Cristo con la transfiguración quiere «τὴν ὄψιν αὐτῶν (de los tres apóstoles) πληροφορήσαι καὶ δεῖξαι τις ποτέ ἔστιν ἡ δόξα ἐκείνη μεθ' ἣς μέλλει παραγίγεσθαι» (4). Por consiguiente, la transfiguración muestra o enseña la gloria con que ha de venir Cristo en su retorno triunfal. Es la misma idea que apuntó S. Gregorio Nazianzeno y que en los siglos posteriores reaparecerá con frecuencia, muy particularmente en los escritores occidentales.

Con meridiana claridad afirma *S. Cirilo Alejandrino* en varias partes de sus escritos la relación y conexión de la transfiguración con la parusía, y, sobre todo, al comentar a S. Mateo, en breves frases acumula los rasgos principales que declaran esa conexión. Dice así en este último pasaje: “In ipsa vero (transfiguratione) quoque secundi adventus dignitatem, et terribile subindicavit prooemium, hanc illius etiam quasi confirmationem ostendens; veniet enim in gloria Dei et Patris...” (5). Como se ve, S. Cirilo llama a la transfiguración *pro-*

(1) *Opera omnia*, ed. ASSEMANI, v. 2 (graec), p. 42.

(2) *Lc.*, v. 2 (syr.), p. 398.

(3) *In Lucam*; MG, 24, 548-549. Cf. *Est. Ecl.* t. X, p. 489.

(4) *In Mtth. hom.* 56 (al 57); MG, 58,549.

(5) MG, 72, 424-425. Dice así el original: «Ἐν αὐτῇ δὲ (la transfiguración) καὶ τῆς δευτέρας παρουσίας τὸ ὀξύωμα καὶ τὸ φρικτὸν ὑπεδήλωσε προοίμιον, ταῦτην ἐκείνης καὶ οἰον βεβαίωσιν ἐνδεῖξαμενος».

mio y confirmación de la parusía, ya que Cristo vendrá en la gloria del Padre.

Con mayor brevedad, pero no con menor claridad y precisión, afirma también *Teodoreto* la conexión entre la transfiguración y el segundo advenimiento de Cristo. En la célebre carta a los monjes de Constantinopla de que hablamos al principio, después de recordar y describir la transfiguración en algunos de sus principales pormenores, añade: «Ἐδίδαξε δὲ διὰ τούτων τὴς δευτέρας ἐπιγνώσιας τὸν τρόπον» (1).

A las afirmaciones precisas y claras de S. Cirilo y Teodoreto hacen coro otros ilustres varones con no menor resolución. Y es de notar que no sólo en sabios comentarios exegéticos, sino en sermones al pueblo, aparece afirmada la misteriosa conexión entre la transfiguración y la parusía.

El célebre orador de Constantinopla, S. *Proclo* († 446), en uno de sus elegantes y en aquellos días tan gustados y aplaudidos sermones, dice que el Señor se transfiguró «ἴνα ἡμῖν δεῖξῃ... τίνι ἐσομένην ξέπιτῶν νεφελῶν ἐν φωτὶ μετ' ἀγγέλων δευτέραν ἐλευσιν» (2). De modo que en la transfiguración nos quiso el Señor mostrar su futura segunda venida sobre las nubes, en esplendor, y acompañado de ángeles.

Curiosísima es una homilia sobre la transfiguración de otro orador elocuente, si bien quizá excesivamente retórico, el arzobispo de Seleucia, *Basilio*, del que hicimos ya mención al principio. Después de un exordio solemne, aunque de gusto un tanto dudoso, en el que habla del segundo advenimiento glorioso de Cristo, prosigue: “Illi igitur adventus gloriam cum vellet discipulis aperire, ait: *Sunt quidam ex vobis qui non gustabunt mortem... &*” (3). Expone después cómo los discípulos se habían mostrado difíciles a las palabras del Señor: “Vobiscum de passione disserui, et animus obtorpuit; dicebam in crucem me agendum, et vobis mens terrore fracta est... &”. “Quandoquidem igitur inefficax nostra est oratio, res docebunt: *Sunt quidam de hic stantibus, qui non gustabunt mortem, donec videant Filium hominis venientem in gloria Patris sui.* Secundi mei adventus tempus nondum est...”. Nótense ahora especialmente las palabras que siguen, en su mismo original: «...ἄλλ’ ὑμῖν, τοῖς ἐμοῖς μαθηταῖς, τῆς παρουσίας εἰκόνα προγαρίσασθαι σπεύθω, ἵνα προσφέρων θέαν τρυγήσαντες εὕρητε πίστιν τῶν

(1) *Monachis Constantin.* ep. 145; MG, 83,1385.

(2) *In transfig. Domini, Or.* VIII, n. 2; MG, 65,768.

(3) *Lc.*, n. 2; MG, 85,454.

μελλόντων τὰ φθάσαντα» (1). Tenemos, pues, que la transfiguración es εἰκὼν τῆς παρουσίας, imagen de la segunda venida de Cristo; θέα προφητική, visión prematura o precoz, es decir, que antecede al tiempo de la realidad; πίστις τῶν μελλόντων, fe o prenda de lo porvenir.

Sigue la descripción animada y retórica de la escena de la transfiguración, y entre otras particularidades, dice así: “Visio autem, ipso rerum visarum fulgore undequaque spectantes perstringens, venturum universi judicem subobscure signavit” (2). Y algo después, entusiasmándose más y más, exclama: “Beati oculi qui formidabilem judicii diem placidissime conspexerunt. Nam quae tremebundi videbunt alii, ea cum jucunditate viderunt” (3). Y por fin después de una descripción del juicio final, llena de vida y movimiento, termina con este epífonema, bien expresivo a nuestro propósito: “Hujus ergo spectaculi simulacula, τὰς εἰκόνας, Dominus apostolis dedit” (4). No cabe dudar un instante de que, con mayores amplificaciones que sus ilustres contemporáneos antes citados, Basilio de Seleucia tiene la transfiguración como íntimamente enlazada con la segunda venida de Cristo juez, a manera de imagen, señal o prenda de la misma realidad.

Aunque no viéramos ya en el transcurso de los siglos posteriores brotar a flor de tierra nuevos testimonios, podríamos abrigar la seguridad de que el Oriente continuó la tradición de sus grandes Doctores: S. Basilio, S. Juan Crisóstomo y S. Cirilo de Alejandría. Con todo, el testimonio expreso de algunos varones eminentes nos dará aún mayor seguridad.

S. Juan Damasceno, cuyo mérito principal consiste en recoger, resumir y coordinar los elementos doctrinales legados por los Padres anteriores, tiene una homilía y un acróstico bastante largo sobre la transfiguración. De la homilia hemos hecho mención anteriormente; en el acróstico se leen estas inequívocas expresiones: “Ut tuam ostenderes aperte arcanam secundam descensionem... apostolis in Thabor cum Moyse et Elia inef fabiliter splenduisti, «ἴνα σου δεῖξης ἐμφανῶς τὴν ἀπόρρητον δευτέραν κατάβασιν...» (5). Casi no puede afirmarse con mayor énfasis y en menos palabras la íntima conexión entre la transfiguración y la segunda venida.

(1) *Lc.*, col. 456.

(2) *Lc.*, col. 458.

(3) *Lc.*, col. 459.

(4) *Lc.*, col. 462.

(5) *MG*, 96,849.

Con bastante claridad afirma también dicha conexión un varón santo, mártir muchas veces, enemigo de toda novedad, defensor acérreo, y amantísimo como el que más, de la tradición: *S. Teodoro Studita* († 826). Con él llegamos a los tiempos inmediatos a las primeras manifestaciones de la ruptura entre el Oriente y el Occidente. En su *Catechesis XX*, leemos esta rotunda afirmación: "At transfigurationis festum futuri aevi apocatastasim depingit. Nam quem ad modum *Resplenduit facies ejus sicut sol, vestimenta autem ejus facta sunt alba velut lux* (*Matth.*, XVII, 2): haud secus et e caelo quasi fulgur veniet, cum potestate magna et majestate, ut omnia judicet" (1). Por consiguiente, la transfiguración describe la apocalipsis o reconstitución de las cosas para el tiempo futuro. Y eso, ¿por qué? Porque en ella el Señor resplandece tal como vendrá fulgurante, en poder y gran gloria, para juzgar todas las cosas. He ahí, pues, cómo la transfiguración es un índice del retorno glorioso de Cristo para la restauración o apocalipsis final.

El Oriente, aun separado del Occidente, retuvo las explicaciones de sus gloriosos antepasados. Escojamos, como ejemplo, dos exégetas célebres entre los cismáticos: *Teofilacto* y *Eutímio Zigabeno*; los dos suelen seguir fielmente a S. Juan Crisóstomo.

Teofilacto (p. 1090) dice resueltamente en su comentario a San Marcos: "...Sunt quidam ex hic stantibus, nempe Petrus, Jacobus et Joannes, qui non morientur donec ostendero eis in transfiguratione quanta cum gloria venturus sim in secundo adventu. Nihil enim aliud erat transfiguratio quam secundi adventus significatio, προμήνυμα" (2).

Eutímio Zigabeno (p. 1118) habla en el mismo sentido: "Regnum autem suum... splendorem illum nominavit, tamquam qui sit praenuntius et paradigma, προμήνυμα καὶ παράδειγμα. splendoris illius, cum quo postmodum descensurus est, quando reddet unicuique juxta id quod operatus est" (3).

OCCIDENTE

Más tarde que en el Oriente ven los Padres occidentales una cone-

(1) THEODORI STUDITIS PRAEP. *Parva Catech.*, ed. AUVRAY (Parisiis, 1891), p. 72.

(2) MG, 123 (I), 578.—Con igual resolución habla en el *Comentario a San Mateo*, l. c cols.323, 327.

(3) In Mtth. XVI, 28; MG, 129 (II), 475. En la traducción latina editada por Migne falta lo correspondiente a esta frase griega: ὡς οὖσαι προμήνυμα καὶ παράδειγμα τῆς λαμπρότητος ἐκείνης...

xión entre la transfiguración y la segunda gloriosa venida de Cristo. En S. Hilario y en S. Ambrosio no se perciben todavía trazos suficientemente claros. Es en S. Jerónimo donde el Occidente hace coro a los grandes Doctores de la Iglesia oriental. Sus palabras, aunque transcritas ya al principio, creemos conveniente recordarlas. Para quitar a sus discípulos el terror que les hubiese causado la exhortación a la cruz, Jesús les anuncia su segunda venida *en la gloria de su Padre con sus ángeles* para dar a cada uno según sus obras. Comentando este pasaje, presenta S. Jerónimo a los apóstoles como objetando en su interior lo siguiente: "...Occisionem et mortem nunc dicis esse venturam; quod autem promittis te adfuturum in gloria Patris cum angelorum ministeriis et judicis potestate, hoc in dies erit et in tempora longa differetur. Praevidens ergo occultorum cognitor quid possent objicere, praesentem timorem praesente compensat praemio. Quid enim dicit? *Sunt quidam de hic stantibus... &*; ut qualis est postea venturus, ob incredulitatem vestram praesenti tempore demonstretur". Sigue inmediatamente la escena de la transfiguración, y al describirla vuelve a repetir el Santo: "Qualis futurus est tempore judicandi, talis apparuit apostolis". Por fin termina con estas palabras: "Futuri regni *praemeditatio* et gloria triumphalis demonstrata fuerat in monte" (1). Luego en la transfiguración, según S. Jerónimo, quiso el Señor dar fe a sus apóstoles de la promesa que había hecho de venir en la gloria de su Padre para juzgar a los hombres; y les dió fe mostrándoseles de antemano *tal cual* vendrá después a juzgar; de modo que la transfiguración bien puede llamarse *preludio* del futuro reino glorioso de Cristo, cuyo primer acto es su segunda venida gloriosa: "Futuri regni *praemeditatio*".

Con todo, la exégesis de S. Jerónimo no obtuvo aquella acogida que parecía poderse prever. Así que el explicar la promesa del Salvador "de que algunos no morirán antes de verle venir en su reino" simplemente y sin más profundidades por la transfiguración, o a lo más por la transfiguración como un espécimen de la gloria del cielo sin insistir en la misteriosa palabra *venientem*, es mucho más frecuente que el ver en esta transfiguración reflejada o de algún modo significada la segunda venida de Cristo. Quizá contribuyó a ello, además del silencio de S. Agustín, la exégesis de S. Gregorio Magno, quien introduciendo una nueva forma de explicación, pudo impedir

(1) *Est Ecl.*, t. 10, p. 491.

se profundizase en el significado misterioso de la escena de la transfiguración. Pero no faltan de cuando en cuando ilustres testimonios que recuerdan la exégesis del Doctor Máximo.

Sabido es de todos que S. Pascasio Radberto († c. 860) es, entre los escritores de su tiempo, tan fértil en florilegios y compilaciones, uno de los que menos copian; y uno también de los más notables pensadores. Pues bien, en nuestro caso, haciendo caso omiso por completo de la exégesis de S. Gregorio Magno, no conoce más explicación que la de la transfiguración, a la que en pocas palabras da su misterioso significado. Son estas sus palabras: "...hic (es decir, en la promesa *Sunt quidam*, &), licet paucis, se firmat ostensurum venientem in regno suo, antequam de proximo mortem gustarent. Et hoc quidem quia in ea claritate se transformavit in monte coram discipulis, quos secum assumpsit, in qua venturum se promiserat in gloria Patris cum angelis suis" (1). La conexión de la promesa de Cristo con su segunda venida y con la transfiguración, con ésta como con una prenda o anticipo o, en general, como un signo de aquélla, está expresada en términos inequívocos. En ella vemos cómo el versículo 28 del capítulo XVI, de S. Mateo, "Sunt quidam...", se suelda a la vez con los versículos antecedentes, que describen el juicio final, y con los siguientes, que refieren la escena de la transfiguración. No hay, por tanto, en todo el pasaje de S. Mateo sino perfecta y lógica conexión.

En una homilia sobre la transfiguración S. Anselmo transcribe, casi al pie de la letra, a S. Jerónimo. Del mismo modo que éste, presenta S. Anselmo a los apóstoles como objetando en su interior a la solemne promesa de Cristo de que vendría en la gloria del Padre para pagar a cada uno según sus obras: "Occisionem et mortem nunc dicis esse venturam; quod autem promittis adfuturum te in gloria Patris cum angelorum ministeriis et potestate judicis, hoc in tempora longa differetur. Praevidens igitur occultorum cognitor quid possent objicere, praesentem timorem praesente compensat praemio. Subiungit enim: *Amen dico vobis, sunt quidam...* &. Ac si diceret: Qualis venturus est in fine, talis ob incredulitatem vestram praesenti tempore demonstrabitur (2).

(1) *In Mtth.; ML*, 120,575.

(2) *ML*, 158,603.—La frase parece referirse con claridad a la segunda venida. No obstante, nos es algo extraño que a continuación el Santo Doctor siga, al parecer, un punto de vista algo distinto y no tan coherente con lo anterior;

Igualmente transcribe a S. Jerónimo, aunque en otro pasaje, el exégeta *Zacarias Crisopolitano*: "Transfiguratus est, dicitur, quia talis apparauit apostolis, qualis futurus est in iudicio" (1).

Con este exégeta († 1155) llegamos a la segunda mitad del siglo XII. Entremos ahora en el siglo de oro de la filosofía y teología escolástica, aunque sea tan solo para escoger alguno que otro testimonio; y escuchemos ante todo a *Santo Tomás*. Como ya dijimos, Santo Tomás, fidelísimo a la tradición, propone con brevedad y sencillez, en forma disyuntiva, las dos explicaciones corrientes hasta entonces: la transfiguración y la expansión maravillosa de la Iglesia. Pudo influir en otros esta forma disyuntiva y como fluctuante de exégesis, a manera de calco o mera reproducción del pensamiento ajeno, para que no profundizasen en el significado misterioso de la transfiguración. ¿Fué así en Santo Tomás? En un autor, en el que pudieran admitirse incongruencias y conglomerados de pensamientos propios y ajenos, no habría mucha dificultad en concederlo; pero no así en Santo Tomás, ni siquiera en sus obras menos personales, como son por ventura sus comentarios exegéticos de la Escritura. Y así el Santo Doctor, a pesar de su brevedad, propone todo el encadenamiento del pasaje, y parece expresar la significación de la escena del monte Tabor en una fórmula sugestiva, de brevedad casi lapidaria. En efecto, después de hacer el Santo una breve exégesis del

cosa que maravilla un poco en un pensador tan firme. Dice así, reproduciendo un pensamiento que ya de muy antiguo vemos en otros autores: "*Venientem quippe in regno suo viderunt eum discipuli sui, qui in ea claritate viderunt fulgentem in monte in qua peracto iudicio ab omniibus sanctis in regno suo videbitur*" (L. c.—El Venerable Beda había recalcado constantemente y con insistencia este punto de vista en sus comentarios a los sinópticos (*ML*, 92,80,217,545), y por cierto insistiendo en que durante el juicio no aparecerá con el mismo esplendor de gloria: "...qualis tunc apostolis apparuit, talis post judicium cunctis apparebit electis. Nam ipso tempore judicandi et bonis simul et malis in forma servi videbitur..." (L. c., col. 217; cf., col. 454, donde usa las mismas expresiones).—S. Beda es uno de los autores más leídos y copiados en aquel tiempo y aun en siglos posteriores, y su exégesis influyó mucho. Rabano Mauro copia a S. Beda. De Rabano Mauro parece transcribir Walafrido Strabón, conocidísimo y citadísimo. Véase, por ejemplo, su *Glossa Ordinaria* (*Ev. Marci*, c. IX, v. 1; *ML*, 114,212.—*Ev. Lucae*, c. IX, v. 29; *ML*, 114,280). Véanse también, v. gr., los comentarios a S. Mateo del benedictino Cristiano (*ML*, 106,1400-1401). Quizá inició la idea S. Juan Crisóstomo cuando en la homilia antes citada dijo que los apóstoles vieron la gloria con que el Salvador ha de venir "cuanto eran entonces capaces".

(1) *In unum ex quatuor*, l. III, c. 91; *ML*, 186,291.

versículo 27 del capítulo XVI de S. Mateo: "Filius hominis venturus est...", añade que con el v. 28 quiere el Señor responder a una tácita objeción, como si dijese: "...Quasi dicat: Dixi vobis quod *venturus est filius hominis...* Sed nolite mirari. Quare? Volo vobis ostendere, quia sunt quidam de hic stantibus qui non gustabunt mortem... donec videant Filium hominis venientem in regno suo. Hoc fuit signum gloriae futurae (1). ¿De qué gloria sino de aquella con que Cristo ha de venir a juzgar? El encadenamiento lógico del pasaje así lo pide. Pues para que los apóstoles no se admiren de lo que el Señor les ha dicho, que vendrá glorioso para juzgar a los hombres, presenta el Santo al Señor diciendo: "Volo vobis ostendere, quia sunt quidam... &". Hoc fuit signum gloriae futurae". Luego para mostrarles la gloria de su segundo advenimiento, el Señor se transfiguró; y en esta transfiguración, como en su signo, se la manifestó. Por consiguiente, el significado propio y peculiar de la transfiguración era la gloria con que al final de los tiempos vendrá Jesús; lo cual no impide que juntamente con ella o a través de ella se signifique también la gloria futura del cielo (2).

El pensamiento de S. Alberto Magno, según observamos al principio, es más rico y complejo que el de Santo Tomás. Además de las dos soluciones corrientes, indica otra cuya fortuna será no pequeña en los tiempos posteriores. No sólo esto, sino que parece presentar con mayor relieve aún que Santo Tomás el significado de la transfiguración. Lo curioso es que este mayor relieve se nota en el Comentario a S. Marcos, a pesar de que el texto de S. Marcos no se presta tanto como el paralelo de S. Mateo para ver en él cifrada la segunda venida de Cristo. En vez de las misteriosas palabras de San Mateo: *donec videant Filium hominis venientem in regno suo*, San Marcos escribe: *donec videant regnum Dei veniens in virtute*. A propósito de ellas comenta S. Alberto: "Regnum Dei, hoc est, figuram * decoris regni Dei, in signo et claritate transfigurationis... Veniens in virtute, quia secundus adventus Christi non erit in infirmitate, sed in potestate et virtute; et hanc gloriam praemonstravit in transfiguratione" (3). Por consiguiente, según S. Alberto Magno, en la trans-

(1) *Ev. Mtth.*, c. XVI, v. 27; ed. Parma, t. 10, p. 158.

(2) *Lc.* c. XVIII al principio; véase también la explicación de aquellas palabras "Et resplenduit facies ejus sicut sol"; ed. Parma, pp. 159, 160.

(3) *Opera Omnia*, v. 21, ed. VIVES, 1894, p. 540a.

figuración mostró Cristo de antemano a los apóstoles, praemonstravit, la gloria de su segunda venida.

Después de estos dos grandes maestros y escritores de la antigüedad, escuchemos todavía una autoridad de primer orden, que ya casi podemos llamar moderna. *Maldonado* comienza así a explicar las palabras aquellas de S. Mateo: ...*in regno suo*: “Quid Christus hoc loco per regnum suum intelligat, interpretum sententiae mirum in modum variant”. Y después de refutar las otras explicaciones, prosigue: “Itaque vera est omnium veterum auctorum interpretatio... regnum Dei Christi transfigurationem appellari”. Esta es la afirmación; sigue poco después el comentario: “Vocat ergo Christus transfigurationem regnum suum, non quia proprie regnum, sed quia futuri regni imago erat”. Pero ¿cuál es este reino futuro? Es aquel “de quo versu praecedenti locutus fuerat: *Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui*, ante cuius regni visionem non mori magnum profecto quiddam erat”. Y concluye a nuestro propósito con frase de lapidaria concisión: “Sed ILLUD IPSUM REGNUM tres illi apostoli non in ipso, sed in figura, non praesens, sed per transennam ostensem viderunt” (1). Admirablemente dicho. En la transfiguración, no en sí mismo, pero sí en imagen o figura, vieron los tres apóstoles aquel mismísimo reino que inmediatamente antes Cristo había descrito, describiendo su segunda venida gloriosa al final de los tiempos para juzgar a los hombres.

Al aducir los anteriores documentos, evidentemente no hemos pretendido hacer ninguna enumeración completa ni incompleta, sino tan sólo presentar algunos testimonios, casi todos autorizadísimos, para que se vea que no vamos a inventar ni discurrir por cuenta propia, sino simplemente a seguir una dirección que han marcado con bastante claridad y precisión nuestros mayores; con la suficiente a lo menos para que *nos sea lícito seguirla*, todavía en nuestros tiempos, y *tenerla por sólidamente probable*: fin modestísimo, pero práctico, de todo nuestro estudio.

Tenemos, pues: 1) que la transfiguración es llamada por los Santos Padres y antiguos escritores eclesiásticos, con relación a la segunda venida de Cristo: Τύπος, εἰκόνα, παράδειγμα, βεβαίωσις, πίστις, προμήνυμα, πονηρίμων, *praemeditatio, signum, imago, figura*; 2) los mismos Santos Padres escritores afirman que en la transfiguración Cristo

(1) *In Mth.*, XVI, 27,28; ed. RAICH, Maguncia, 1874, pp. 338-339.

mostró a los tres apóstoles *con qué gloria ha de venir a juzgar a los hombres.*

Siempre, por tanto, bajo distintas formas y matices, tenemos afirmado el hecho de una cierta relación o conexión entre la transfiguración y la segunda venida gloriosa de Cristo. Pasemos ya a una mayor explicación del hecho;

II. Exposición de la relación o conexión entre la transfiguración y la segunda venida de Cristo.

En virtud del íntimo enlace de la promesa de ver al Hijo del hombre con la descripción del juicio final, *algunos* debían ver, antes de su muerte, al Hijo del hombre viniendo en su reino para juzgar a los hombres. Pero una realidad puede verse o en sí misma o en un medio *ciertamente* conexo con dicha realidad. Así cuando se dice que Dios ve los posibles en sí mismo, no se significa tan sólo que ve su esencia, causa eminentísima de todo ser posible, sino se entiende que ve la misma realidad de los posibles, si bien esa realidad la ve en sí mismo o en su esencia, como en un medio infaliblemente conexo con dicha realidad. Por consiguiente, en virtud de la promesa de Cristo, algunos, antes de morir, debían ver su segundo advenimiento o bien en sí mismo o bien en un medio conexo con él. Ahora bien, nadie antes de morir vió el segundo advenimiento de Cristo en sí mismo. Luego lo hubieron de ver algunos en una señal o medio ciertamente conexo con él. Ese medio, según la tradición indica, fué la transfiguración.

1) Aptitud de la transfiguración para ver en ella la segunda venida de Cristo según su promesa en San Mateo XVI, 28

En efecto, el Señor, al hacer la promesa, no predeterminó *expresamente* cuál debía ser el hecho en el que, como en imagen, señal, prenda o, en general, como en un medio conexo habían de ver algunos su segundo advenimiento. Luego ese hecho debía ser algo singular, algo que *POR SÍ MISMO, supuesta la promesa del Señor*, evocase en los apóstoles la idea del segundo advenimiento, y que al mismo tiempo, *supuesta la misma promesa y en virtud de ella*, fuese obviamente una como señal, imagen, prenda, garantía, medio, en fin, de una manera u otra conexo con la segunda venida.

Ese acontecimiento es la transfiguración. En primer lugar la

transfiguración es un hecho único en la vida de Cristo; único por diversos títulos, pero sobre todo porque él es *la única vez* en que consta haberse revelado Cristo en aquel esplendor de gloria y majestad con el que en un tiempo vendrá a juzgar a los hombres. En ninguna de las apariciones de Jesús resucitado, ni siquiera en su gloriosa ascensión, se hace mención alguna de aquellos rasgos misteriosos y maravillosamente espléndidos con que S. Pedro y los tres sinópticos describen la escena sublime de la transfiguración. Como hicimos ya notar al explicar el pasaje de S. Pedro, en ella el Eterno Padre llama solemnemente a Cristo, Hijo suyo querido o unigénito; y es en verdad así que la gloria del Padre envuelve manifiestamente a Cristo en el Tabor y lo penetra todo: aquella gloria en la cual ha de venir Cristo a juzgar a los hombres, *Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui cum angelis suis, et tunc reddet unicuique secundum opera ejus.*

Seis días no más después de pronunciadas solemnemente por Cristo estas expresas afirmaciones sobre su segunda venida gloriosa y en circunstancias que debieron dejar profunda impresión en los apóstoles, sobre todo en S. Pedro, transfigúrase el Señor ante sus tres apóstoles predilectos. Debía resonar todavía en el ánimo de S. Pedro la promesa del Primado, y en los tres la primera predicción, en términos expresos y categóricos, de la pasión afrentosa que aguardaba al Señor, y con ocasión de ella y de la repugnancia de S. Pedro, la amonestación solemnisima de que hay que tomar la cruz y seguir a Cristo, y, si es preciso, perderlo todo para salvar el alma, "pues el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre" para pagar a cada uno conforme a sus obras. Ahora bien, supuesto que Cristo había de venir en la gloria del Padre, y supuesta la promesa hecha inmediatamente a continuación por Cristo de que algunos antes de morir le verían venir en su reino, la visión del Tabor venía a ser obviamente para los tres apóstoles una *garantía*, una *prenda*, una *señal* cierta de la segunda gloriosa venida; en el Tabor, como en maravillosa *imagen, tipo o paradigma*, vieron venir a Cristo, *viéndole tal cual ha de venir*; los esplendores del Tabor fueron el *proemio*, el *predicchio* que anunció de antemano a los tres apóstoles y, mediante ellos, a todos nosotros, los esplendores de gloria con que indudablemente vendrá a juzgarnos al final de los tiempos.

Así lo ha entendido la tradición, cuyas son todas esas variadas expresiones de que nos hemos servido. Así lo vino a entender San

Pedro; porque si otro, y no la transfiguración, hubiera sido el medio en que algunos vieron a Cristo venir en su reino, lo hubiese él designado, al pretender escoger de entre los hechos de Cristo uno con que singularmente probase la venida de Cristo en la gloria del Padre. Así lo entendieron a continuación del hecho mismo, más o menos ruda e imperfectamente, los tres apóstoles, según demuestra la pregunta sobre la venida de Elías para preparar la inauguración gloriosa del reino de Cristo. Finalmente, con esta explicación tradicional, se guarda una perfecta continuidad, obvia y diáfana, en toda la narración de los sinópticos y en particular en S. Mateo; porque entonces el versículo 28 del capítulo XVI es un anillo que traba perfectamente lo que le antecede, o sea, la descripción del juicio universal y de la segunda venida de Cristo con lo que le sigue, esto es, la escena de la transfiguración.

2) Especial aptitud de la transfiguración en orden a verificar la promesa de Cristo: Mat. XVI, 28

Todas estas consideraciones prueban que en la transfiguración se verificó lo prometido por Cristo de que algunos verían, antes de morir, su segundo advenimiento. Ciertamente que en otros hechos hubo ejemplo en la resurrección y singularmente en la gloriosa ascensión, en la que dijeron los ángeles: "Hic Jesus, qui assumptus est a vobis in caelum, sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in caelum" (1). Hasta concedemos de buen grado que las apariciones de Cristo resucitado, a lo menos algunas, y sobre todo la ascensión fueron también de hecho una señal o medio en que los apóstoles y otros discípulos vieron o pudieron ver la segunda venida de Cristo, a la luz de las repetidas afirmaciones y promesas de éste durante su vida de que vendría. Pero eso no debe quitar que la transfiguración lo sea; y además que, *en orden a verificar aquella particular promesa de Cristo, que precede inmediatamente a la transfiguración*, convengan a ésta ciertas particularidades de aptitud, o exclusivas o que con mayor dificultad se hallan en los demás hechos, aun de la vida gloriosa del Señor. Y así, por ejemplo, ni en la visión de Cristo resucitado ni en la ascensión se verifica obviamente aquello de "sunt quidam ex hic stantibus..." Dice a este propósito Maldonado: "Quid enim magni erat, nonnullos ex discipulis suis morituros non esse, priusquam ipsum resurgentem viderent, cum non nonnulli, sed omnes viderint? Hoc autem loco cum dicit: sunt quidam de hic stanti-

(1) *Act. Ap.*, I, 11.

bus, minime obscure significat, non omnes discipulos, sed paucos tantum et electos, eosque singulari privilegio, regnum illud suum, de quo loquebatur, priusquam morerentur, visuros esse" (1). Tampoco el contexto de todo el pasaje, que tan bien cuadra con la transfiguración según lo antes expuesto, fluye con tanta trabazón y armonía, si el v. 28 de S. Mateo se entiende de la resurrección o de la ascensión o quizá de la destrucción de Jerusalén. Además los Santos Padres no han sabido ver en la promesa de Cristo ninguno de esos acontecimientos; más aún, si no estamos equivocados, las explicaciones en ellos basadas, todas son fruto tardío de siglos muy posteriores: la de Cristo resucitado y de su ascensión, por lo menos en forma expresa y definida, datan de los siglos XIII y XV; la destrucción de Jerusalén comienza a levantarse tímidamente en el siglo XVII o a lo más en el siglo XVI, hasta el punto de que el erudito Calmet, a pesar de mostrar no obscuras preferencias por ella, sólo la pone bajo el patrocinio de *recentioribus nonnullis* y, concretando más en nota, señala tan solo como defensores suyos a tres protestantes (2). Igualmente, la explicación por la maravillosa propagación de la Iglesia, sobre ser idea que parece extraña y fuera de lugar en un comentario a S. Mateo, tiene contra sí todas las razones intrínsecas que hacen menos verosímiles las otras explicaciones, es desconocida en el Oriente ortodoxo, y tiene lugar su primera aparición al final del siglo VI o principios del VII en un comentario a S. Lucas. Finalmente, la transfiguración tiene por excelencia la particularidad, ya antes mencionada, de que en ella Cristo se reveló explícita y formalmente en los esplendores de gloria de Hijo Unigénito de Dios Padre, a quien todos hemos de oír, ἐν τῷ δόξῃ τοῦ Πατρὸς ὡτοῦ; la realidad espléndida de la visión lo designa como tal, y como tal lo declara en forma solemnisima la voz misma del Eterno Padre; todo concurre a hacer resaltar aquel esplendor de gloria del Padre con que Cristo mismo había expresamente descrito su segunda venida, inmediatamente antes de formular la promesa de que algunos antes de la muerte le verían venir en su reino. Y por consiguiente, como el Señor no designó de antemano en términos formales cuál era la prenda o garantía de su promesa, cuál la señal en que algunos verían su segunda venida, siguese que la transfiguración es por excelencia el medio que

(1) *Lc.*, p. 339a.

(2) *Est. Ecl.*, t. II, p. 90, nota 1.

justifica las palabras de la promesa de Jesús, contribuyendo a la constitución inteligible y obvia de la prenda o signo, mediante la promesa misma.

Queda un rasgo todavía que hace ver, con mayor claridad aún, cómo en el supuesto de ser la transfiguración cumplimiento de la promesa de Cristo, las palabras de éste son obvias y no rebuscadas. Es cierto que, viendo una imagen o prenda cualquiera, puede decirse que en ella se ve la realidad. Pero si la imagen o prenda está constituida por el elemento mismo primario y sobre todos los demás importante de la futura realidad, entonces, cuando vemos la imagen o prenda, es mucho más obvio y claro el afirmar que se ha visto o se ve la misma realidad. Y así, cuando vemos a un sujeto *tal* precisamente *cual* ha de ejecutar una acción, y sucede, además, que ese sujeto, en la tal disposición y forma, es cabalmente lo de mayor interés y sin comparación lo más importante de todo cuanto se ha de ver, de modo que todo lo restante con respecto a él parece insignificante y secundario, solemos con frase obvia y corriente decir que estamos ya viendo al tal sujeto ejecutando tal o cual acción. Los ejemplos son abundantes y hasta vulgares. Y es que entonces, aunque *el conjunto* de la realidad futura—sujeto y acción—no lo veamos en sí mismo, pero como vemos *por nuestros propios ojos* el elemento capital y más interesante, de ahí que, a base de la certeza que por causa de la promesa y garantía que se nos ha dado, tenemos de lo menos importante—que es la acción—, podamos decir pura y simplemente y en efecto digamos en lenguaje corriente, que hemos visto *por nuestros propios ojos* la realidad. “Es el Papa yendo a S. Pedro”, podría uno decirme, si por ventura viéramos al Papa tal cual baja a S. Pedro y no va a otras partes, aunque entonces estuviese quizá parado o no se hubiese iniciado aún la marcha. Lo mismo podría decirme, si por ventura me hubiese prometido: “Voy a mostrarle al Papa yendo a S. Pedro”. El ejemplo es lo de menos; si a alguien no le place, encontrará con facilidad otro.

Esta idea parecen tener presente los Santos Padres cuando, como explicación y comentario de la promesa del Señor y al mismo tiempo como razón de ella, afirman que en efecto Cristo en la transfiguración se mostró a los tres apóstoles *tal cual* ha de venir a juzgarnos. Esta explicación sencilla y sobria es la que predomina en Occidente. En el Oriente ocurren más variados matices y tonalidades, pero juntamente aparece también la misma forma sencilla de explicación:

recordemos los nombres de S. Efrén, S. Juan Crisóstomo, S. Cirilo Alejandrino y otros cuyos testimonios antes hemos citado.

Una dificultad.—Puestas las explicaciones dadas en el curso del artículo, creemos superfluo o poco menos detenernos en las dificultades que se han puesto contra la transfiguración; generalmente parten del supuesto de considerar la transfiguración sin su misteriosa relación con la segunda venida de Cristo (1). Desde otro punto de vista, Knabenbauer, seguido por otros, urge bastante contra la transfiguración el que la manera de hablar de Cristo “evidentemente indica un largo espacio de tiempo dentro del cual la mayor parte de los circunstantes debían morir” (2). Por nuestra parte, no lo sabemos ver; ni lo supieron ver nuestros mayores. Todo está en determinar dónde se ha de colocar, por decirlo así, el acento ideológico o el énfasis de la frase. Evidentemente que la frase “de los que están aquí, hay quienes no gustarán la muerte hasta que hayan visto al Hijo del hombre viniendo en su reino”; la frase esta, decimos, es susceptible de que el énfasis se coloque sobre las palabras “...hay algunos que no gustarán la muerte hasta...”, y entonces claro está que parece requerirse un largo espacio de tiempo. Pero coloquemos la fuerza del acento en otra idea y todo cambia de aspecto. Para que se vea sin dificultad, comencemos por vía de introducción sustituyendo la frase larga “no gustarán la muerte hasta...” por la frase breve “antes de morir”. Tenemos entonces: “hay algunos que antes de morir verán al Hijo del hombre viniendo en su reino”. Dado el matiz de esta frase, es más fácil y obvio colocar el énfasis y la fuerza de la idea en que algunos, aun antes de morir, tendrán la dicha o el privilegio de ver la gloria de Cristo Rey. Exactamente es este el sentido en la explicación tradicional. Lo que hay es que la frase breve “antes de morir” es menos susceptible de que se coloque en ella el énfasis de la idea en el sentido del P. Knabenbauer; en cambio, la frase más larga “no

(1) Brevemente las expone CARLOS WEISS en una extensa monografía sobre los textos escatológicos (*Exegetisch. zur Irrtumslosigkeit u. Eschatologie, J. Ch.; B. Spezieller Teil, Zweiter Abschnitt*, II, § II, pp. 164-165. Münster i. W. 1916). Es ella un estudio sobre toda la materia amplio, erudito y profundo. Desde su punto de vista merece grandes elogios; pero precisamente, para escoger el punto de vista orientador y para caminar con seguridad y guiar a otros por entre tan misteriosos textos, el autor no ha creído en toda la monografía poder esta vez encender la antorcha de luz guiadora en el fuego sagrado e inmortal que arde en las obras de los Santos Padres.

(2) Ed. MERK, II, 82.

gustarán la muerte hasta...” es mucho más susceptible de tal énfasis. Pues bien; sea en buen hora la frase usada por S. Mateo susceptible de tal énfasis; pero evidentemente no lo exige. La simple lectura, con mayor o menor entonación, de un elemento de la frase o de otro da la diferencia de sentidos. Luego, que sea éste o aquél el énfasis ideológico, no puede deducirse de la estructura y naturaleza de la frase; y por consiguiente hay que buscarlo en otras fuentes y argumentos. Muy bien había respondido ya Maldonado a una dificultad casi idéntica, a saber, que no eran gran cosa que los tres apóstoles sobreviviesen seis días a la promesa del Señor hasta la transfiguración: “Respondeo, id ad futurum longe post regnum esse referendum, de quo versu praecedenti locutus fuerat: *Filius enim hominis venturus est in gloria Patris sui*, ante cuius regni visionem non mori magnum profecto quiddam erat; sed illud ipsum regnum tres illi Apostoli non in ipso, sed in figura, non praesens, sed per transennam ostensem viderunt” (1).

Hemos llegado ya al término de nuestro estudio, por lo que toca a uno de los textos escatológicos. Aunque hayamos debido proceder con mayor rapidez de lo que en un principio nos habíamos propuesto, creemos que lo substancial queda suficientemente declarado. Nuestra conclusión es la siguiente:

En la exégesis del misterioso texto de S. Mateo, libre es cada cual de tener sus preferencias, con tal que salve—ya se entiende—la verdad de las palabras del Señor; pero la explicación por nosotros expuesta, y en sus líneas generales dada ya por nuestros mayores, es sólidamente probable y tiene aún derecho a subsistir. Si es así, ella tiene entre otras la ventaja de proceder dentro de la suposición más obvia y que los escatólogistas tienen por evidente, a saber, que las palabras aquellas “hay algunos de los aquí presentes, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto al Hijo del hombre viniendo en su reino”, se refieren a la segunda venida gloriosa de Cristo. Y tiene, en fin, la incomparable ventaja de proceder de acuerdo con lo que pensaron nuestros mayores, más y mejor que ninguna otra explicación.

Aalbeek (Holanda), 23 junio 1933.

F. SEGARRA.

(1) *Lc.*, p. 339b.